

## La *Marcha de San Lorenzo* y la hermandad rioplatense \*

Por **J. Eduardo Scarso Japaze**

El 20 de junio último, el diario *La Nación* tuvo a bien publicar entre sus *Cartas de lectores* una breve colaboración mía que venía a comentar y complementar una misiva del lector Mario Oscar Calviño, aparecida en la misma sección algunos días antes.

Como el tema ha suscitado algún interés, el Director de *Revista del Notariado* ha tenido la gentileza de reproducir aquel texto en la sección *Cartas a la Dirección* de esta *Revista*. Agrego aquí algunos datos y reflexiones pero ateniéndome a la intención original del señor Calviño –y a la mía propia– de sumar elementos demostrativos de la antigua hermandad que une a argentinos y uruguayos, que debería ponerse por encima de cualquier contingencia que amenace con separarnos.

Creo que si se trata de historias de hermandad rioplatense, la que dio origen a la fusión de letra y música que se plasma en la *Marcha de San Lorenzo* es un buen ejemplo. Y, de paso, entre los sucesos de la existencia de los individuos, se esbozan también procesos que hacen a la vida social de nuestros pueblos latinoamericanos, que nacieron unidos, y así –no dudamos– seguirán. Argentina y Uruguay están estrechamente unidas por la historia, la tradición, la cercanía geográfica, los patrimonios culturales, el permanente intercambio de valores y de conceptos integrales de vida; doscientos años de historia común. Quizás el concepto de *rioplatense* sea intérprete de una mejor definición

---

(\*) Especial para *Revista del Notariado*.

para nombrar al argentino y al uruguayo, pueblos hermanos que, junto al paraguayo, tuvieron en la isla Martín García a la capital de una sola nación, proyecto al que Sarmiento denominó *Argirópolis*.

### Los personajes

Cayetano Alberto Silva nació en San Carlos, departamento de Maldonado, Uruguay, el 7 de agosto de 1868<sup>1</sup>; su madre era una negra esclava, y el apellido que Cayetano portaría de por vida fue el de sus antiguos dueños. De niño tuvo afición y habilidad musical; se inició en la Banda Popular de su pueblo –dirigida por el maestro Rinaldi– y a los once años, ya en Montevideo, ingresó en la Banda de Música de la Escuela de Artes y Oficios. Su maestro fue Gerardo Grosso, quien le enseñó a solfear y a tocar el violín. A los veinte años pidió la baja y comenzó a ganarse la vida tocando en teatros y en los primeros sindicatos uruguayos.

Un año después lo encontramos en Buenos Aires<sup>2</sup>: ingresa a la Escuela de Música de Pablo Berutti y hace incursiones por el Teatro Colón. De allí pasa a Rosario, donde a los veintiséis años ya dirige la Banda del Regimiento 7 de Infantería y casa con Filomena Santanelli, con quien tiene ocho hijos. A los treinta años –1898– lo contrata la Sociedad Italiana de Venado Tuerto, provincia de Santa Fe; allí funda un Centro Lírico, enseña música y crea la popular *Rondalla*, con la que se presenta al público durante los carnavales de 1900. Hasta su muerte –veinte años después– escribe mucho y variado: rancheras, tangos, minués, marchas militares y la música para diversas obras de teatro, entre ellas para la conocida *Canillita*, de su compatriota y amigo Florencio Sánchez.

En cuanto a Carlos Javier Benielli –lo que aquí se cuenta de su vida se lo debemos a un artículo aparecido en *Clarín* el 11 de mayo de 1998, escrito por ese gran periodista popular que fue Enrique Sdrech–, era un mendocino nacido en 1878, maestro de escuela desde los diecisiete años y, desde los diecinueve, profesor recibido en Buenos Aires. Benielli dedicó su vida a la docencia –la ejerció durante diez años en Venado Tuerto–, profesión heredada por sus hijos. Según el testimonio de uno de ellos, Carlos, el padre no solía hablarles de su condición de letrista, que tal vez consideraba como mero pasatiempo en nada comparable a la importancia de transmitir conocimientos a sus compatriotas.

### El encuentro

No sabemos cuándo ni cómo se conocieron Cayetano Alberto Silva y Carlos Javier Benielli; lo que sí es seguro es que este último se trasladó a Venado Tuerto a instancias e invitación de Silva. Tampoco sabemos exactamente en

(1) Para Alberto Cayetano Silva y Horacio Alberto Silva, hijo y nieto del autor de la música, es posible que la fecha de nacimiento de su antepasado fuera el 7 de agosto de 1872 o de 1873 (*Vida y obra de Cayetano Silva*, Editorial Dunken, 2004, pág. 23).

(2) Vivió en la calle Alsina 2357, frente al entonces Mercado Spinetto.

cuántas obras colaboraron, como no sea en las marchas *Curupaytí* y la *Marcha de San Lorenzo*. Ésta es la que más nos interesa. Silva la ejecutó por primera vez el 8 de julio de 1901 y el 2 de enero del año siguiente se la envió a quien estaba dedicada: Pablo Riccheri, por entonces coronel, ministro de Guerra (Defensa) del presidente Julio A. Roca. Riccheri ha quedado en nuestra historia como el padre del moderno ejército argentino, de formación profesional y constitución democrática, basada en el servicio militar obligatorio.

A Riccheri le gustó mucho el tema, pero pidió a Silva que en vez de ser una marcha dedicada a su modesta persona, llevara el nombre de la primera batalla de las armas patrias: San Lorenzo. Así se hizo.

El 30 de octubre de 1902 Silva la ejecutó en público en las cercanías del histórico Convento de San Carlos –donde se libró la batalla– y dos días después en la ciudad de Santa Fe, al inaugurarse el monumento al general San Martín, ante la presencia de Roca y Riccheri.

Desde entonces fue designada “Marcha Oficial del Ejército Argentino”, aunque también la ejecutaron bandas militares de Uruguay, Brasil, Polonia y hasta Inglaterra. Los ingleses, con la previa autorización de nuestro país, la tocaron nada menos que el 22 de junio de 1911, durante la coronación de su rey Jorge V y, desde entonces, la interpretan con cada cambio de guardia en el palacio de Buckingham (lo que ha llevado a creer a algunos compatriotas que nosotros la habríamos tomado “prestada” de ellos, cuando la situación es exactamente la contraria). Los ingleses tuvieron al menos la delicadeza de suspender su ejecución durante la Guerra de Malvinas. Pero no sólo en Londres resonaron sus acordes; también la escucharon los oídos parisinos, en circunstancias bien diferentes: la *Marcha de San Lorenzo* resonó cuando las tropas nazis desfilaron avasallantes por la Ciudad Luz y, pocos años después, cuando los Aliados, al mando del general Eisenhower, entraron para liberarla.

Convengamos en que, para las generaciones de argentinos que la aprendimos en la escuela, la música de la *Marcha* tiene sólo la mitad de su significado sin la letra, que fue fruto de la amistad entre Silva y Benielli.

Los hechos, al parecer, fueron así. El 26 de abril de 1907 Silva tomó su violín y se la hizo escuchar a Benielli, para ver si le inspiraba un texto. El título, como sabemos, ya estaba dado por pedido de Riccheri. Benielli pasó –nos imaginamos– una larga noche, jugando con las ideas que le suscitaba el combate de San Lorenzo, la figura histórica de San Martín y la acción de ese modesto “soldado heroico”, el sargento Cabral. Cabral también era un “moreno”, por lo que no sería raro que Benielli hubiera querido homenajear en él la condición de su amigo Silva. Al otro día, la *Marcha de San Lorenzo* estaba completa, en la versión que aún hoy cantan nuestros escolares.

## Ay, la memoria de los hombres

En tiempos en que no se reconocían derechos de autor, Silva se vio obligado a malvender su obra en un solo pago a una casa editora de partituras. En busca del pan, se trasladó a Rosario donde consiguió un conchabo en la Policía –no sabemos exactamente si como músico– y fue sorprendido por la

muerte en 1920, en la mayor pobreza. Para colmo de injusticia, le negaron sepultura en el Panteón Policial por ser de raza negra. El agravio se reparó en 1997 cuando, a instancias del Museo Regional de Venado Tuerto –que lleva su nombre, es sede del Archivo y de la Banda Municipales, y funciona en la que fue su casa–, sus restos se trasladaron en medio de homenajes al Cementerio Municipal de la progresista ciudad santafesina.

Benielli siguió siendo docente y hoy la Escuela 22, de Sánchez de Bustamante 260 –de la que fue director-fundador– lleva su nombre. En el barrio de Mataderos, dos pasajes llevan los nombres de Silva y Benielli, de aquel uruguayo y de aquel argentino –o mejor aún, de aquellos rioplatenses– que nos legaron esa *Marcha* capaz de emocionarnos: un símbolo más de una hermandad que no puede empañarse.

Ojalá nuestra carta dirigida a *La Nación*, motivada por la del señor Calviño, sin pedantes afanes de corregirlo, más bien de completar y precisar la información que nos proporcionaba, sirva para que tal vez algún lector de la *Revista del Notariado* tenga algo más que decirnos sobre esta historia, algo que nos haga sentir más cercanos a Cayetano Alberto Silva y Carlos Javier Benielli, estos dos personajes que presumimos entrañables, hombres de un tiempo en el que se creía en la importancia de legar cultura a las generaciones venideras.

